

Ponencia presentada en el Congreso Internacional del Corazón de Jesús, Valladolid, 11-17 de abril de 2010.

La influencia de la Gran Promesa en la historia contemporánea de España

Luis Cano

Agradezco a los organizadores de este "Congreso Internacional del Corazón de Jesús" con motivo de la Beatificación del Padre Bernardo Francisco de Hoyos, la invitación para hablar hoy, y agradezco a todos ustedes su presencia aquí. La próxima beatificación del P. Hoyos es para mí un motivo de gran alegría, pues lo considero una de las glorias de la Iglesia en España, que por fin veremos en los altares.

El tema del que les voy a hablar es el fruto de las investigaciones realizadas para mi tesis doctoral. Un amplio resumen de esa tesis se publicó el año pasado (*"Reinaré en España". La mentalidad católica a la llegada de la Segunda República*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2009). Como el tema de mi intervención es muy amplio y no hay mucho tiempo, les remito a ese libro si quieren profundizar en la historia contemporánea de la devoción y culto al Sagrado Corazón y a Cristo Rey entre el siglo XIX y primer tercio del siglo XX.

Por medio de mi tesis quería averiguar cómo nació y se desarrolló la devoción a Cristo Rey en España en los años veinte del siglo pasado. Fue así como me encontré con la "Gran Promesa" de la que fue depositario el P. Hoyos S.J., en la que se hablaba precisamente del reinado de Cristo en nuestro país. Como todos Uds. saben, las palabras que nuestro próximo beato escuchó el 14 de mayo de 1733 decían: "Reinaré en España y con más veneración que en otras muchas partes".

Las circunstancias del siglo XVIII, cuando tuvo lugar la revelación al P. Hoyos, eran muy distintas de las que concurrían en el primer tercio del siglo XX, y también fue muy distinto el significado que se dio a la "Gran Promesa" en esos dos momentos. En 1733, esa revelación significaba que la devoción al Sagrado Corazón se difundiría y acabaría triunfando en España –donde era poco conocida por entonces– hasta llegar a "reinar" con muchísimo fervor. Y esto fue exactamente lo que ocurrió: a mediados del siglo XVIII se podía decir ya que el Sagrado Corazón reinaba en España, tan extendida y arraigada era la devoción.

En cambio en los años 20-30 del siglo XX, en los que me voy a detener ahora, el "Reinaré en España" fue entendido como una promesa de recristianización de la sociedad, de una vuelta a los ideales católicos del país –y también patrióticos, porque

fe y patriotismo iban de la mano—, tras haber experimentado casi un siglo de secularización.

No voy a aburrirles a Uds. extendiéndome en describir esa visión patriótico-religiosa que muchos tenían entonces del Sagrado Corazón, de ese "cato-patriotismo", como lo llamo yo —un término que me parece más adecuado que el de "nacional-catolicismo"—, que tan extendido estaba entonces en las mentalidades y del que hablo extensamente en mi libro.

Me gustaría más bien hablarles del mensaje permanente que, a mi modo de ver, se encuentra en la idea del reinado de Cristo y en el espíritu de la promesa que el Sagrado Corazón hizo al P. Bernardo Francisco de Hoyos y que, a mi juicio, en esos primeros decenios del siglo XX no se entendió bien. Me parece más acorde con el tema del Congreso Internacional que estamos celebrando: hablar de una "Promesa para nuestro mundo" del que fue testigo el próximo beato. Ese mensaje coincidía plenamente con la orientación que quiso dar a su pontificado el papa Pío XI (1922-1939).

El momento clave de toda esta cuestión es la institución por parte de Pío XI de la fiesta de Cristo Rey, en 1925, con la publicación de la encíclica "Quas primas" (11-XII-1925), en la que presentaba como verdad de fe la realeza universal de Jesucristo.

Con ese paso, el Papa ratificaba solemnemente un dato revelado bien conocido: en efecto, tanto la Sagrada Escritura, como la Tradición, la reflexión teológica y el *sensus fidei* del pueblo cristiano indican claramente que la realeza de Cristo pertenece al depósito de la Revelación. Jesús mismo dijo ante Pilato: "tú lo dices, yo soy Rey" (Jn 18,37).

Por motivos históricos, que tienen que ver con la situación de la Iglesia en la época contemporánea, a la que aludiremos brevemente, el magisterio pontificio consideró oportuno realizar esa declaración en 1925. Previamente, la doctrina de la realeza de Cristo se había hecho cada vez más popular durante el siglo XIX, como respuesta al proceso de secularización de la sociedad occidental.

Esa idea de la realeza de Cristo en la sociedad había penetrado gracias a la devoción al Sagrado Corazón. Ambas devociones eran una sola: en 1925 se hablaba indistintamente del reinado del Sagrado Corazón y de Cristo Rey. Fue Pío XI quien quiso —sin conseguirlo— separar realeza de Cristo y devoción al Sagrado Corazón, para devolver esta última a su sentido original, tal como el Papa lo entendía, centrado en la reparación.

Pío XI quería atraer la atención de los católicos hacia Cristo como Rey de la sociedad y de todas las realidades humanas modernas, estimulando a la vez el celo misionero y el apostolado. En efecto, Cristo Rey será la devoción de las misiones y de la Acción Católica, dos de las realidades más queridas por Pío XI. Cristo Rey es una devoción que mueve a la acción, a movilizarse. Era muy apropiada para una época que estaba marcada por el espíritu de militancia, especialmente entre la gente joven: piensen que la Primera Guerra Mundial estaba todavía reciente y piensen también en la difusión del fascismo, del socialismo-comunismo y, algo más tarde, del nazismo. Quizá para contrarrestar la atracción que esas militancias ejercían entre la

juventud, quiso el Papa ofrecer el símbolo y, podríamos decir, la "bandera" de Cristo Rey.

Pero ojo: hablar de Cristo Rey y proclamar su reinado no significa equipararla a una ideología: el reinado de Cristo no fue una ideología "católica". Se trataba de un movimiento espiritual que realiza un llamamiento a la acción evangelizadora y apostólica, no sólo allende los mares, sino –como decían los jesuitas del siglo XVIII– en "las Indias de acá": es decir, representaba una invitación a evangelizar de nuevo la sociedad occidental, procurando que la religión cristiana estuviera presente –a través de sus valores permanentes– en la definición de la sociedad moderna. Un movimiento que tiene sus raíces y se alimenta de la tradición corazonista del "reinado" del P. Hoyos y que cuyo "alimento" espiritual se encuentra en la devoción y el culto al Sagrado Corazón.

Concretamente, la idea del reinado se desarrolla, a mi modo de ver, a partir de la tradición de las consagraciones al Sagrado Corazón, que constituyen uno de los elementos fundamentales de la espiritualidad del Sagrado Corazón, según la tradición "parediana", es decir, la que se remonta a las revelaciones que tuvo santa Margarita María Alacoque entre 1675 y 1689. La consagración y la reparación, son para mí los pilares que sostienen la espiritualidad corazonista, y la consagración es la que acaba por introducir la idea del "reinado" del Sagrado Corazón y después de Cristo Rey.

Pues bien, no hay nada más lejos de una ideología que este deseo de consagrarse y consagrar todas las cosas al Sagrado Corazón, de modo que su amor "reine".

Quien se consagra al Sagrado Corazón, se le entrega totalmente, declarando su soberanía sobre la propia vida. Estamos ante un reinado espiritual, interior, personal: mediante la consagración, el devoto quiere unirse a Cristo, compartir el amor de Jesús, que aparece simbolizado en su Corazón humano, hasta fundirse, por así decir, con Él, haciendo realidad lo que escribe san Pablo: "ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal 2,20). Al consagrarse, el cristiano declara que todo su ser le pertenece a Cristo: que Cristo reina en él. Durante más de dos siglos, hasta que se proclamó la fiesta de Cristo Rey, la espiritualidad corazonista había penetrado con estas ideas en la mentalidad de millones de católicos.

Pero es cierto que dentro de la espiritualidad y de la práctica devocional corazonista hubo también una idea de reinado "colectivo", no simplemente personal: el ejemplo lo encontramos en la "Gran Promesa"; dice: "reinaré en España", no "reinaré en los españoles".

La idea de una especial protección del Sagrado Corazón sobre las familias y las comunidades que se pusieran bajo su amparo está en el mensaje original de Alacoque. Esto llevaría, con el tiempo, a consagrar las ciudades, los países, y tantas otras cosas más al Sagrado Corazón, realizando en la práctica un reconocimiento de la soberanía de Cristo y de su amor sobre todas las realidades familiares, ciudadanas, nacionales.

La primera ciudad que se consagró al Sagrado Corazón fue Marsella, en 1720, durante una epidemia de peste que se cobró millares de víctimas. La peste cesó, y lo mismo ocurrió en 1722, con un rebrote de la epidemia: en este caso, toda la

corporación municipal hizo la consagración de la ciudad. Aquí se popularizaron también los "detentes" que quizá Uds. conocen: para parar el contagio, se ponían en las puertas de las casas con la siguiente inscripción: "Arrête! Le Cœur de Jésus est là": "¡Detente! El Corazón de Jesús está ahí".

Desde entonces, el Sagrado Corazón se convirtió en una devoción para las situaciones desesperadas. En la Revolución francesa, muchos católicos llevaron consigo el escapulario y los *detentes* corazonistas. Durante el Terror, los revolucionarios pensaron que el Corazón de Jesús era un emblema reaccionario que identificaba a los conspiradores contra la República y se persiguió y martirizó a quienes lo usaban. La guerra de la Vandea y la historia de un voto de Luis XVI lo confirmaron como símbolo de la resistencia católica a las fuerzas revolucionarias anticatólicas.

Durante la Restauración y por el resto del siglo XIX y principios del XX, se afianzó esa extraña mezcla entre devoción y política, entre los deseos de una regeneración cristiana y social que paliara los efectos de la Revolución francesa y la adopción de una política intransigente o tradicionalista. Las consagraciones al Sagrado Corazón de ciudades, fábricas, corporaciones, incluso de ejércitos durante la 1ª Guerra Mundial, favorecieron que el símbolo del Sagrado Corazón se identificara con la reacción tradicionalista a la separación de la Iglesia y del Estado y a todo lo que había llevado consigo el proceso de secularización.

Durante este tiempo (siglos XVIII-XIX), y al margen de la acción política, se propagaba la espiritualidad corazonista y se promovían formas de devoción relacionadas con el mensaje de santa Margarita María Alacoque. En ello jugaron un papel de primer orden las religiosas de la Visitación (las "Salesas" como se las conoce en España) y sobre todo la Compañía de Jesús. En efecto, la historia del Sagrado Corazón está muy unida a la de los jesuitas: han sido sus principales propagadores y experimentaron la misma aversión por parte de los jansenistas y jurisdiccionalistas del siglo XVIII. No es extraño que también en España los pioneros de la devoción en su forma parediana sean un grupo de jesuitas de Valladolid, entre los que se encontraba el P. Bernardo Francisco de Hoyos, junto a otros nombres como el de Cardaveraz, Loyola y Calatayud.

Desde el pontificado de Pío IX (1846-1878), los pontífices contemporáneos favorecieron la devoción al Sagrado Corazón de muchos modos. El asociacionismo corazonista alcanzó una notable extensión, ramificándose en múltiples realidades. En la vida religiosa, la espiritualidad inspiró multitud de carismas fundacionales y promovió vocaciones misioneras y de servicio a los más necesitados. Es impresionante constatar la fecundidad que el corazonismo ha tenido a la hora de promover vocaciones al estado religioso y crear nuevas fundaciones, y a la vez revigorar la vida cristiana de millones de fieles. También a lo largo del siglo XIX se propagó de manera exponencial el interés por las consagraciones al Sagrado Corazón: consagraciones personales, de las familias, de los estados... de toda la humanidad.

La abolición del poder temporal del Papa y la difícil situación en que se encontró la Santa Sede desde 1870, acentuaron el deseo de poner a la Iglesia y a la humanidad bajo la protección del Corazón misericordioso de Jesús. En 1875 Pío IX

autorizó la consagración de los católicos; la de la humanidad llegaría en 1899, durante el pontificado de León XIII, como veremos.

Estas consagraciones representaban un acto de entrega a Dios y un propósito de conversión, a la vez que una petición de ayuda ante una especial necesidad. También se consideraban un modo de reconocer públicamente la importancia de la fe en la vida social. Se pensaba además que esa recuperación de la unión entre fe y vida sería el remedio para las adversidades contemporáneas, especialmente las injusticias sociales, la falta de paz y las restricciones a la libertad de la Iglesia. El reconocimiento de la soberanía de Dios, se decía, redundaría en el bien de la sociedad misma, instaurando una época de paz. Cristo reinaría de una forma visible, social: la religión no sería sólo algo privado.

De esta forma se comenzó a hablar del "reinado social" de Cristo. Se quería que las instituciones civiles rindieran a Dios un culto social, que se inspiraran en los principios evangélicos y respetaran los derechos de la Iglesia. Para alcanzar ese objetivo se buscaba consagrar al Sagrado Corazón el mayor número de instituciones y realidades humanas. Dentro de ese marco general, existieron distintas formas de concebir el "reinado social": desde planteamientos político-religiosos muy extremistas, hasta formas puramente devocionales, como la idea del reinado social de Jesús-Hostia o del reinado de Cristo en las familias. También la aplicación de la doctrina social de la Iglesia –en aquella época marcada por las injusticias de la revolución industrial– se consideraba una forma de llevar a cabo ese "reinado social".

En los documentos contemporáneos, siempre que se hablaba de un "reinado social", se aludía también al reinado interior o "personal" del Sagrado Corazón. Se repetía que para que Cristo reine en la sociedad, primero debe reinar en los individuos (en sus costumbres, en su inteligencia, en su "corazón") y así será posible que reine después en las familias y en toda la sociedad. En la difusión de estas ideas intervinieron muchas asociaciones y movimientos: por nombrar sólo algunos, cabe mencionar al Apostolado de la Oración y a la Obra de la Entronización en los hogares.

El siglo XIX vio las luchas entre liberalismo y tradicionalismo, entre posiciones enfrentadas que se hicieron más y más extremas y provocaron duros conflictos, como los que vivió nuestro país. La corriente tradicionalista antirrevolucionaria –que en España tuvo sus mayores representantes en los carlistas y en los integristas, escisión política de aquellos– abrazó la causa del "reinado social". Pero para ellos ese reinado era prácticamente una teocracia.

Sin embargo, es importante decir que el corazonismo no quedó copado por esa visión político-religiosa. Había una espiritualidad muy viva, que –como he dicho– fecundaba todos los días la práctica religiosa de millones de fieles: aspectos como la reparación, el culto a la Eucaristía –piénsese en los Congresos Eucarísticos–, el recurso al amor misericordioso de Dios, denotan el influjo corazonista a lo largo del siglo XIX y principios del XX. La devoción al Corazón eucarístico de Jesús, la espiritualidad victimal, las enseñanzas de Teresa de Lisieux son otras manifestaciones de esa influencia. También lo son las consagraciones y entronizaciones familiares que estimularon las virtudes y el fervor cristiano en los hogares.

En 1899, después de muchas dudas, León XIII decidió consagrar la humanidad entera al Sagrado Corazón. Este acto representó el primer reconocimiento solemne de la realeza universal de Cristo por parte del magisterio pontificio. Se quiso así invocar la protección de Dios sobre todos los seres humanos, a la vez que se pedía para que los no creyentes fueran conducidos a la fe. Supuso también una toma de posición frente al laicismo y una petición por la solución de los conflictos entre la Iglesia y el Estado, que en varios países europeos eran muy graves.

Pío XI –cuyo pontificado va de 1922 a 1939– fue quien más se identificó con la instauración del reinado de Cristo. Su lema pontifical era "Pax Christi in regno Christi".

El reinado de Cristo, como sugiere ese lema, era para Pío XI el modo de alcanzar la paz en el mundo. Había acabado hacía poco la Primera Guerra Mundial, pero la situación internacional distaba mucho de ser pacífica: no sólo porque había una "paz armada", sino porque eran muchos los problemas sociales.

Como ya he dicho, cuando Pío XI hablaba del reinado de Cristo pensaba en las misiones y también en la recristianización de la sociedad occidental secularizada. A la vez, quería llevar a cabo una renovación espiritual de la Iglesia y estimular los deseos de santidad de sus miembros. Movilizó al laicado católico para que colaborara con el apostolado jerárquico de la Iglesia: con este propósito dio un gran impulso a la Acción Católica y llevó a cabo otras medidas en la misma dirección. La Acción Católica fue, quizá, la realidad en la que más esperanzas puso Pío XI durante su pontificado.

En 1925, cuando proclamó solemnemente la realeza de Cristo y estableció su fiesta, Pío XI buscaba ciertamente contrarrestar el laicismo y condenar la idea de que la fe es un hecho privado, sin ninguna relevancia en la vida social. Pero, a la vez, y esto me parece especialmente importante, estaba hablando de la extensión del reinado de Cristo por las misiones, por el apostolado de los laicos, y aludía también al "reinado interior" de Cristo en las almas, es decir, a la santidad. Pío XI fue el Papa que más santos y beatos elevó a los altares en la historia, sólo superado por Juan Pablo II. Quería proponer a la gente modelos de santidad y habló claramente de que la santidad está abierta a todos los fieles.

Repito que esta visión tan compleja, tan rica, no se puede llamar una "ideología". A mi juicio se trata de la maduración de una espiritualidad, marcada por la devoción al Sagrado Corazón, pero orientada a la acción: una corrección de rumbo de una devoción que, tal vez en aquella época, estaba expuesta al peligro del sentimentalismo.

La "Gran Promesa", el reinado de Cristo-Sagrado Corazón en España tenía que haberse leído a la luz de esa visión universal y evangelizadora que Pío XI tenía. Por desgracia, no siempre ocurrió así. En España, como también ocurrió en Francia, la idea del reinado de Cristo estaba cargada de sentido patriótico, de una añoranza romántica por los tiempos del siglo de Oro, cuando España era una gran potencia internacional.

Las razones de esta mentalidad son largas de explicar, pero resumiendo mucho se puede decir que arraigaron más cuando España perdió –en el famoso "Desastre del

98"— los últimos restos significativos de su imperio colonial. Preguntándose por las causas de esa depresión política, moral, nacional en la que nuestro país se encontraba, unos respondían que la culpa era de la religión, mientras que, en el otro bando, se decía que era la consecuencia de la irreligión: esta era la postura que había defendido Menéndez Pelayo tiempo antes y que muchos católicos hacían suya entonces: España había sido grande cuando su ser nacional se había identificado política, cultural y militarmente con el catolicismo.

Pensaban que el instrumento para volver a la pasada grandeza, también religiosa, era el Sagrado Corazón. La "Gran Promesa" era interpretada en esa clave — al menos durante la década de los años veinte, que es la que más he estudiado— como una profecía que aseguraba el triunfo completo y absoluto de la religión en España, que, según ellos, traería consigo una "resurrección" moral, religiosa, política y cultura.

Con estas visiones tan simplistas en la cabeza era difícil que un mensaje como el de Pío XI fuera bien entendido. La "Gran Promesa" y su reinado de amor en España fue considerado por una mayoría —aunque ya digo que hubo honrosas excepciones— casi como una profecía que habría de cumplirse cuando se restaurara una especie de Antiguo Régimen.

Esta mentalidad recibió un estímulo de la Consagración de España al Sagrado Corazón que realizó el Rey Alfonso XIII en el Cerro de los Ángeles, con motivo de la inauguración de ese santuario "nacional" al Sagrado Corazón.

Un primer intento de consagración había tenido lugar en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, en 1911, pero en este caso la fórmula de consagración no la leyó el monarca. En 1919, el Rey quiso pronunciar la fórmula que consagraba España al Sagrado Corazón. Sólo algunos jefes de Estado en países hispanoamericanos se habían adelantado a Alfonso XIII, pero en ninguna nación europea se había llevado a cabo un acto semejante. El gesto suscitó grandes expectativas entre los católicos que asociaban la regeneración patria al Sagrado Corazón y al cumplimiento de la "Gran Promesa". Sin embargo, el país estaba abrumado por diversos problemas políticos, económicos, sociales, militares y de orden público.

Dejando de lado la política y volviendo a nuestro tema, hay que destacar que no todos pensaban que con inaugurar monumentos al Sagrado Corazón o con actos de gran brillantez exterior se iba a producir automáticamente el reinado del Amor de Cristo en España, que anunciara el P. Hoyos.

Era la época en que se levantaban esos monumentos que vemos en lo alto de los montes, o como aquí en Valladolid, en 1923, en la cúspide de la Catedral, por obra del arzobispo don Remigio Gandásegui, promotor también del Santuario de la Gran Promesa. Quizá el monumento más famoso en el mundo, por su gran belleza, es el que se erigió en 1925, en Río de Janeiro: el Redentor del Corcovado.

Es significativo lo que escribía el P. Vilariño S.J., quizá la pluma católica más famosa en los años 20-30 en España, en la publicación católica que dirigía y que era la más difundida y leída entonces: el "Mensajero del Corazón de Jesús".

Narrando precisamente la ceremonia de consagración de España del 25 de mayo de 1919, advertía que no bastaba con proclamar oficialmente que Cristo reina en España para que ese reinado fuera ya efectivo (hay que decir que en el pedestal de la estatua del Cerro de los Ángeles se leía "Reino en España"; no "reinaré" como dice la Gran Promesa, sino "reino", en presente).

El jesuita invitaba a sus lectores, con proféticas palabras, a que "no se duerman en la almohada de la confianza, que es la almohada de los desengaños". Aquella consagración de España tenía que ser un punto de partida, un pistoletazo de salida, ¿para qué? Para ponerse a trabajar más, de modo que "reine el amor de Cristo en los corazones de los hombres, en las familias españolas, en las inteligencias de los sabios, en las cátedras, en las letras, en las leyes, y en todas las instituciones patrias. Eso, eso hay que procurar a toda costa"¹.

Es decir, para el jesuita lo importante era que la religión cristiana tuviera un arraigo profundo en todas las esferas de la vida personal y social y no se quedara en meras manifestaciones exteriores o triunfalistas.

Sin embargo, quienes siguieron durmiendo "en la almohada de los desengaños", como decía el P. Vilariño, tuvieron un despertar de pesadilla en 1931: la II República, que tanto prometía –incluso para muchos católicos– se demostró como lo opuesto del "reinado social de Cristo", al querer imponer –a toda prisa, sin ninguna transición– un laicismo radical.

Esto ya había sucedido varias veces en la historia española. Pero tal vez había sido obra de una minoría, de una élite dirigente librepensadora. En cambio, lo que sorprendió a bastantes eclesiásticos fue ver que contra esa idea tan romántica como poco realista de una España "oficialmente" católica y monárquica, que aspiraba a recuperar su esplendor imperial, había en nuestro país grandes masas muy descristianizadas.

Quienes se habían percatado de lo que estaba ocurriendo –menciono como ejemplo unas palabras del P. Gafo, uno de los representantes del catolicismo social español, en 1928–, sostenían que para conseguir una presencia real del catolicismo en la sociedad no había que esperar demasiado en las "protecciones o coacciones del Estado", sino más bien en "una acción directa sobre las almas, por un apostolado persistente, metódico, comprensivo, que no se permite treguas ni descansos"².

Me parece una reflexión válida también hoy, si nos preguntamos cuál es el mensaje permanente de la "Gran Promesa", válido por tanto para nuestra época: para que el Amor de Cristo reine en España, como el P. Hoyos escuchó, debe primero reinar de veras en la vida personal de cada hombre y mujer católica, y luego, como consecuencia de una acción evangelizadora constante y esperanzada, llevar ese Amor a los demás y a toda la sociedad española.

¹ Remigio Vilariño, "La consagración de las familias al Corazón de Jesús", *El Mensajero del Corazón de Jesús* (1919), 400-421., p. 533.

² Gafo, José, "Crónicas científico-sociales", en *Ciencia Tomista* 37 (1928), p. 384.